



**Misa funeral por Mons. Javier Echevarría**  
**Prelado del Opus Dei**  
**Alicante, jueves 15 de diciembre, en Ntra. Sra. de Gracia**

Queridos hermanos:

Quiero empezar citando el comienzo de la última carta mensual que Mons. Javier Echevarría dirigió a los fieles de la Prelatura, el pasado 1 de diciembre: **“Después de la clausura del Año de la misericordia, con alcance mundial, comenzamos el Adviento y un nuevo año litúrgico. La Iglesia nos anima a acelerar nuestra marcha hacia el Señor. Una recomendación siempre actual, pero que, en preparación de la Navidad, cobra si cabe mayor urgencia”** (carta del Prelado de diciembre de 2016). “Acelerar nuestra marcha hacia el Señor”, esta era la recomendación que el Prelado del Opus Dei hacía para preparar la Navidad. Es el amor por el Señor el que nos hace tener prisa por desear su encuentro, desear estar cerca de Él, de estar junto a Él, de estar con Él. Esta invitación de D. Javier cobra un sentido nuevo cuando la leemos a la luz de su inesperado fallecimiento, el pasado día 12, fiesta de la Virgen de Guadalupe.

Dentro de la liturgia de adviento, el evangelio que se acaba de proclamar nos habla del Bautista encarcelado. Desde la prisión envió unos mensajeros a Jesús. “Cuando se marcharon los enviados de Juan”, dijo Jesús a la muchedumbre: “¿Qué salisteis a ver en el desierto?... ¿un profeta? Sí y más que profeta”. Juan fue el medio del que se quiso servir Dios Padre para que muchedumbres enteras fueran preparando su alma para recibir la buena nueva predicada por Jesús. Por eso Juan es una de las figuras centrales del Adviento.

Posteriormente, Jesús quiso servirse también de instrumentos humanos, comenzando por los Apóstoles, para que el evangelio llegara a todos los pueblos en todas las épocas. Tarea que ha continuado y continuará la Iglesia que, vivificada por el Espíritu Santo avanza en la historia “entre las infidelidades de los hombres y los consuelos de Dios” (LG), como recordaba el Concilio Vaticano II.

En el caso de Javier Echevarría, cuyo funeral estamos celebrando, el instrumento del que se sirvió Dios para meter a ese joven -estudiante del madrileño colegio marista de Chamberí- por caminos de seguimiento de Cristo fue san Josemaría Escrivá. Lo conoció en

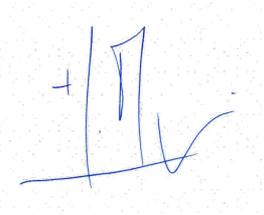
Madrid el 2 de noviembre de 1948, y fue secretario suyo desde 1953 hasta el fallecimiento de este último en 1975.

En su primer encuentro, San Josemaría le invitó a acompañarle, junto con otros dos jóvenes, a Molinoviejo, una finca cercana a la Granja de San Ildefonso, que se estaba restaurando para dedicarla a retiros y convivencias. Javier Echevarría recuerda que se mareó y lo pasó muy mal en el coche. Esto le llenó de vergüenza. El fundador del Opus Dei le quitó importancia al suceso y, en cambio, durante el resto del trayecto se preocupaba por su estado de salud, a la vez que bromeaba y animaba a los jóvenes acompañantes a cantar en el coche para amenizar el viaje. “Quedé admirado –contó más tarde D. Javier en una entrevista- por la naturalidad tan paternal y maternal con que me trató; me hablaba como si nos conociéramos desde hacía muchísimo tiempo”.

Ante el ejemplo de ese sacerdote que dedicó todo aquel día a formar a tres jóvenes casi adolescentes, Mons. Echevarría comprendió algo que le acompañó durante mucho tiempo: para seguir de veras a Jesús, hay que dejar a un lado la “ley del gusto” -es decir, no puede marcar el ritmo de nuestra vida lo que me apetece o me incomoda- sino que debemos abrazar con todas las veras del alma la propia vocación; esto es, amar el camino que Dios tiene trazado para cada uno de nosotros; amar con todo nuestro ser la voluntad de Dios en nuestra vida. Y esto, aunque ello suponga en ocasiones abandonar planes personales, incluso planes personales buenos. En el caso de D. Javier, él abandonó los deseos de dedicar más tiempo a una labor pastoral directa, para la que estaba muy bien dotado humana y sobrenaturalmente, para dedicarse a los trabajos propios de la curia del Opus Dei.

Por eso pienso que su vida se ve reflejada en estas palabras que escribió san Josemaría en febrero de 1974: “En Nazaret nadie se reserva nada. Todo se pone al servicio del grandioso juego de Dios con los hombres que es la Redención” (carta de 14 de febrero de 1974). Y es que, cuando alguien se encuentra de verdad con Jesús, es consciente de la magnitud con la que Dios le ama, como nos dice el Papa Francisco, y su corazón se llena de alegría, y se siente impelido a amar a Dios y a gastar toda la vida para hacer el bien a sus hermanos, y ser así sembrador de paz y de alegría.

Queridos hermanos, en manos de nuestra Madre Santa María, de la que fue tan devoto Javier Echevarría, ponemos su alma, a la vez que le pedimos que durante este Adviento nos ayude a caminar con paso recio por caminos de identificación con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.